

EUSEBIO BLASCO

Desde hace algunos años Eusebio Blasco se ha dedicado á la literatura francesa; y escribiendo en los grandes periódicos de París ha olvidado, casi por completo, sus viejas revistas madrileñas. Los franceses lo tienen por un *chroniqueur* hábil; los españoles por un escritor admirable; y todos tienen razón, porque lo mismo sus revistas del *Figaro*, que sus cuentos de la *Época*, son encantadores. Yo lo tengo por el escritor más ameno de su patria.

LA CIENCIA Y EL CORAZÓN

I.

El doctor Busting, hijo de padres alemanes, pero español y extremeño, había sido, durante cincuenta años, el rey de los médicos de la Península é islas adyacentes.

Su reputación había traspasado las fronteras, y en todas las Academias francesas, belgas, prusianas, rusas, americanas y portuguesas, figuraba su nombre como socio correspondiente; y se le recordaba en toda consulta sobre enfermedades del corazón, en las que había logrado el sabio de que me ocupo celebridad universal.

No quiero decir con esto que fuese un médico especialista. En la época en que el doctor *reinó*, no se conocían los especialistas. Todos los médicos lo curaban todo, ó para hablar con más propiedad, lo intentaban.

Busting había sido médico de cámara de cuatro ó cinco reyes; había asistido á los enfermos más ilustres de la nación; había rayado, en fin, tan alto, que

hoy día de la fecha (porque Busting existe aún) nadie discute la legitimidad de tan inmensa fama. El doctor se había casado con una joven inglesa á quien conoció en no sé qué aguas minerales del extranjero, á donde fué acompañando á un enfermo grave. Tenía entonces Busting cincuenta y dos años. Su mujer no hizo escribir á su marido más que una receta, con ocasión de un constipado, que cuando llegó en manos de un criado á la botica, ya no era necesaria, porque la señora de Busting había muerto.

Parece ser que al inclinarse para coger el abanico que se le había caído al suelo, *se le rompió un vaso*, según certificación facultativa y murió en el acto. No le sirvió su buen carácter en este bajo mundo. La ruptura de un vaso le produjo la muerte, á ella que no había roto un plato en su vida.

II.

Dejó una niña, que fué desde aquel día el único pensamiento de su padre.

Busting, ya viejo á la muerte de su mujer, dedicó el resto de su existencia al amoroso cuidado de aquella encantadora criatura, que desde los cinco ó seis años anunciaba ya una belleza extraordinaria y un carácter angelical.

No se cuida una flor en la invernical estufa con más solicitud ni cuidadoso afán con que Busting se dedicó á cuidar á Sofía. Sofía fué para él el resumen de su existencia gloriosa. Dió por terminada su misión

sobre la tierra y anunció un día á su numerosísima clientela que dejaba de visitar enfermos y que se retiraba á más tranquila existencia.

La noticia cayó en Madrid como una bomba.

Protestó cariñosamente la prensa de aquel adiós á a ciencia y al mundo. Las familias más ilustres acudieron á casa del doctor á quejarse del abandono en que iba á dejarlas. Sostenían que un hombre del mérito del doctor Busting no se pertenecía, y la opinión pública llegó á redactar una exposición con millares de firmas rogando al célebre doctor que continuase siendo *salus infirmorum*, como dice la letanía de la Virgen.

Pero nada bastó á convencerle.

Mientras la corte, la nación acaso, comentaba el suceso, él compró una magnífica casa de campo, que le costó nada menos que millón y medio de reales, y para evitarse dimes y diretes, se despidió de sus relaciones con quinientas ó seiscientas tarjetas que confió *aux soins obligés* del cuerpo de carteros.

III.

La casa era magnífica. Propiedad un tiempo de un opulento banquero, todo había sido pensado en la construcción de tan agradable retiro.

Habitaciones espaciosas, inmenso parque lleno de flores. Un estanque lleno de dorados peces. Grandes estufas para las plantas exóticas. Amplia huerta en cuyos millares de árboles se balanceaban en otoño

las jugosas y sazonadas frutas del país. Paseos entoldados de parras. Pajareras pobladas de canoras aves. La palmera junto á la encina. El canario junto al guacamayo. Cientos de pollos en torno á las cluecas, alegrando el inmenso corral donde Sofía y el doctor pasaban la mañana embobados, arrojando puñados de trigo á los hambrientos polluelos... y todo esto á cuarenta metros del mar, y á mil de un villorrio cuyos sencillos habitantes no se comunicaban con los dueños de aquella hermosa posesión, como no fuera para recibir algún inesperado beneficio.

Seis años pasaron así padre é hija, retirados del mundo. Ella recibiendo en la soledad la más brillante educación, merced al cotidiano empeño de su padre, ayudado por miss Fanny, una institutriz que el doctor había hecho venir de Londres para que se encargara de enseñar á Sofía todo lo que debe saber una señorita de los tiempos modernos. Él, mirándose en los ojos de su hija, que era en su honrada vejez la recompensa de una vida dedicada al bien de la humanidad y al servicio de su patria. Sabían por los periódicos, que aún existía Madrid, y que en él las gentes se divertían, se comunicaban, se amaban, ó se odiaban; y lo mismo el viejo que la niña, sonreían al leer la relación de una fiesta, de una discusión parlamentaria, de un acontecimiento cualquiera, con ese desdén que deben causar las vanidades humanas en el ánimo del que disfruta en calma dichosa, en la inapreciable paz del campo, la completa tranquilidad de la conciencia.

Sofía tenía quince años y no sentía la necesidad

de conocer el mundo. Era un pájaro que no ansiaba salir del nido. Su carácter está pintado con esta observación. El doctor Busting, que era católico ferviente, daba gracias á Dios por haberle proporcionado en la vejez el consuelo de una hija en quien no se notaba ninguno de los rasgos característicos de la señorita moderna.

IV.

Al cumplir Sofía los diez y ocho años, miss Fanny dió por terminada su misión, y volvió á Inglaterra entregando al doctor una joven cuya educación podía competir con la de cualquier princesa europea.

Quedaron Busting y su hija solos en su encantadora hacienda de orillas del mar. Para el doctor era demasiada felicidad ver que Sofía no pensaba nunca en salir de allí.

—Hija mía, le dijo una tarde en que paseaban juntos por el jardín, ¿no has pensado nunca en variar de vida?

—No, papá, respondió Sofía, cuya penetración era tan grande como su belleza. Ya sé lo que me quieres decir, y voy á evitarte rodeos. Me encuentro aquí tan bien, que por mi gusto no saldría nunca.

—¿De manera, observó el doctor, que te basta con mi cariño y con tus libros?

Sofía sonrió.

—También sé lo que eso quiere decir, respondió. Tengo diez y ocho años, y á mi edad las muchachas tienen novio ¿no es eso?

Ahora el que sonrió fué el padre.

— Pues verás. Si fuéramos á Madrid, ya sé yo que tendría muchos adoradores, pero no serían el mio.

— ¿El tuyo?

— Sí; uno que yo me he inventado, y que vendrá.

— Á ver, á ver...

— En mis libros y en mis conversaciones con Miss, he aprendido que las mujeres no eligen. Salen del colegio ó del regazo de su madre, y entre mil hombres que las asedian ó las adulan, prefieren á uno; y eso, papá, no es lógico, ó como dirías tú, no es humano.

Para un hombre de talento como el doctor, este modo de discurrir que á un artista le hubiera parecido seco y frío, era una agradable novedad. Sofía hablaba como otro doctor, y Busting se veía más reproducido que nunca.

— Explicate, dijo.

— Yo, papá, continuó Sofía, amo ya, sin saber á quién.

Aquí recordó Busting aquello de que « se ama el amor y no el objeto amado. »

— Sí, no sé á quién, pero yo amo á uno que mi corazón me dice que ha de venir por mí. Es un ser ideal que no sé por qué ha de tomar figura humana; yo le espero... y si no viene, ¡cómo ha de ser! paciencia.

El doctor cortó la conversación, pensando que miss Fanny era una excelente institutriz, pero una inglesa, al fin, excéntrica en demasía.

— Si me la ha hecho romántica, decía para sus adentros mientras volvían á casa, nos ha divertido.

Porque, después de todo, las ideas de Sofía no eran *prácticas*.

V.

Una mañana, á mediados de junio, cuando Sofía y el doctor acababan de almorzar y se disponían ella á pasar la ardorosa siesta tocando al piano unos walses de Kaulitz y él á dormir sobre el sofá escuchándolos, entró el guarda mayor de la posesión su- dando como un pollo y avisó que llegaban forasteros preguntando por el amo.

Era la primera vez, en seis años, que venía nadie á visitar á los dueños de la finca.

La sorpresa fué grande al saber que había quien intentaba traspasar el umbral de aquel voluntario retiro, y á punto estuvo el doctor de no recibirles, pues la costumbre de estar solo le había hecho tan insociable como comunicativo era en sus tiempos de médico á la moda; pero observó que el guarda le alargaba una carta y la tomó de un tirón, como quien no quisiera haberla recibido.

Apenas vió la firma, miró á su hija, que estaba con la mano derecha apoyada en las teclas y la izquierda en lo alto del piano, y vuelta la cabeza hacia su padre.

— ¡De la reina! dijo el doctor.

Sofía se levantó.

— ¿Quiénes son? dijo.

— Una condesa extranjera con un hijo de veinticuatro años enfermo, respondió el doctor. La reina me los recomienda, porque, según dice, vienen de Francia y de Alemania con el sólo objeto de consultarme.

Y al decir esto, la vanidad que había dormido seis años á la sombra de los árboles del jardín, despertó como si estuviera aún en medio de la corte, haciendo decir al sabio estas palabras :

— Juan, haz subir á esos viajeros. Sofia, prepara dos habitaciones. Anda, hija mía, anda, una recomendación así no puede desairarse.

Á los diez minutos entraban en el comedor la madre y el hijo.

VI

Ella era una gran señora que conservaba los restos de una deslumbrante hermosura.

Él un interesante muchacho en cuyo sereno rostro había todas las huellas de una constante y sorda melancolía.

Después de los ceremoniosos é inevitables saludos, la madre expuso en breves frases el objeto de su visita.

— Doctor, dijo, hace ocho años que recorremos el mundo en busca de una esperanza. Mi esposo, el conde de Pest, murió al cumplir veinticinco años, sin enfermedad determinada. Á los veinticinco años

había muerto su padre; su abuelo falleció á la misma edad, recordando que su padre no había cumplido los veintiséis. En la rama paterna de Luis, se muere á esa edad, y Luis ha cumplido ya los veinticuatro. Observe usted la melancolía que le devora; tiene la convicción de que antes de un año debe morir, y está ya muerto moralmente. Hemos consultado á millares de médicos, y ninguno nos ha dado la seguridad de la vida. Se nos dan probabilidades, pero no certezas. En Italia nos hablaron de usted como de Dios; la hija del embajador de España nos aseguró que le debe á usted la vida, y que no hay en Europa quien pueda darnos la palabra definitiva más que usted, sabio de todos reconocido. Venimos, pues, á que nos dé usted la vida ó la muerte; porque mi Luis no vive, ¡y yo... yo, doctor, soy su madre!

Esto, sobre poco más ó menos, dijo la viajera. En cuanto á su hijo, habló como un excéptico que espera ya la muerte cual supremo bien. Aquel hombre estaba en el caso de un reo en capilla, con la diferencia de que, según sus cálculos, debía estar todavía en capilla ocho ó nueve meses.

El doctor les aconsejó la calma. Les ofreció casa por un mes, pues dijo que no necesitaría menos para estudiar á su recomendado. Les presentó á Sofia, de la que se deshicieron en elogios. Aquel día lo pasaron todos entretenidos en ver la posesión, en hablar de los padres y abuelos muertos, en hablar con Sofia en dos ó tres idiomas, en abrir sus baúles y preparar su estancia en la casa y en respirar la fresca brisa del mar después de comer, desde el

hermoso balcón del salón, oyendo cantar á los señores y contemplando la corva luna, que daba de lleno en el pálido rostro de Luis.

VII.

La finca, como he dicho al principio, era inmensa. El doctor la recorría en su parte más pintoresca dando el brazo á la condesa que no hallaba distracción en nada.

Luis daba el brazo á Sofia, y sin notar lo, se adelantaban cincuenta ó sesenta pasos hasta perderse de vista.

Algunas veces, después de un largo paseo, él solía pensar:

— ¡ Si yo viviera!

Y ella pensaba al mismo tiempo:

— Dios mío, ¡ que viva!

En cuanto al doctor, no pensaba más que en averiguar en qué rincón de aquel cuerpo tan airoso y gallardo estaría escondida la muerte, para echarla de allí en noramala. Porque ¿ cómo no había de humillar él á todos los médicos del mundo, ni cómo podía dejar de decirle á la reina su señora que la había servido?

Toda la calma y humildad adquirida en la deleitosa soledad del campo después de cuarenta años de gloria, habían desaparecido ante la presencia de una dificultad.

Ni podía dejar de suceder otra cosa.

VIII.

Se había fijado el 1.º de julio para la *junta de familia*, como llamaba Busting á la que pensaba tener. Aseguró á la afligida condesa y á su hijo que les diría toda la verdad, después de hacer un detenido estudio del individuo aprensivo. Inútil es decir con qué impaciente afán esperaban madre é hijo la sentencia ó la absolución, y con qué temor aguardaban las primeras horas de la mañana del día marcado.

El día llegó.

Después de almorzar, el doctor, restregándose las manos, dijo de pronto:

— ¡ Válgame Dios, y qué sabios hay por el mundo!

La condesa, Sofia y Luis se quedaron mirándose llenos de curiosidad.

— Luis está para vivir mucho más que yo, que he cumplido anteayer sesenta y cinco años, exclamó el doctor dando una manotada sobre la mesa. Le he reconocido minuciosamente; no tiene lesión alguna en ningún órgano interesante á la vida. Está sano y bueno; sólo le agobia la aprensión de que se ha de morir al ser mayor de edad. ¿ Y por qué? ¿ Porque así le sucedió á su abuelo? ¿ Hemos de convertir en ley la casualidad? ¿ Vamos á creer en brujerías? ¿ Seremos tan ridículos que sometamos el temperamento á reglas matemáticas? Á mí no me significa

nada la historia de esas defunciones á plazo fijo; y sobre todo, díganle ustedes á su majestad, y al doctor A, y al doctor B, y á todas las eminencias de la tierra, que yo, el doctor Busting, les apuesto para dentro de veinte años doce millones de reales ganados robando víctimas á la muerte, á que el señor don Luis, mi muy querido amigo, no tiene por qué morirse á no ser que coja una pulmonía fulminante, cosa á que todos estamos expuestos, ó cualquier otra enfermedad de la que nadie está libre, pero que por ahora no denuncia sintoma ninguno.

Un triple grito exhalado de lo íntimo de tres corazones ansiosos se dejó oír en aquel momento, y el doctor recibió á la vez tres abrazos.

¡Extraña condición humana! Como si el doctor Busting fuera inapelable, su última palabra dió á la madre y al hijo una esperanza que no habian sabido darles todos los sabios de Europa en ocho años.

IX.

Luis y Sofia salieron corriendo al jardín. La condesa les vió partir y no pudo menos de exclamar:

- Doctor, ha dado usted la vida á Luis.
- Como que no tiene más que aprensión.
- ¿Me lo asegura usted?
- Se lo juro.
- ¿Qué opinión ha formado usted de él?
- Pero no digo...
- Como hombre.

— ¡Ah!

— ¿Le juzga usted bueno?

— Creo que es un excelente muchacho.

— ¿Cree usted que hará feliz á la mujer que ame?

— No tengo duda.

— Pues bien, doctor, ya que *va á vivir*, sépalo usted, Sofia y Luis... ¡se aman! ¿Quiere usted que los casemos?

El doctor se quedó como petrificado.

X.

Entre tanto Sofia y Luis, que habían corrido como locos hasta apartarse un buen trecho de la casa, se habían sentado cerca del mar y decían:

Ella. — ¿Lo ves, cobarde? ¡Vivirás! ¡Vivirás para mí!

Él. — ¿Querías que con la duda de morir te expusiera á ser á un tiempo mi enfermera y mi viuda?

Ella. — ¿No te lo decía yo que queriéndome salvarías?

Él. — ¿No esperaba yo salvarme por haberte conocido?

Ella. — Tú eres al que esperaba yo aquí, sin saber si vendría.

Él. — Tú eres la que veía yo como amor soñado y perdido cuando sentía las alas de la muerte rozando mi almohada.

Ella. — Vive, que eres mío.

Él. — ¡Si la vida eres tú!

Y se fundieron en un abrazo.

XI.

El doctor había estado hablando media hora seguida, como si la condesa no le escuchara.

— ¡Eso no! decía. Yo no puedo asegurar lo que está en los secretos de la Providencia!

¡Me retracto!

¡Casarle con mi hija... para que se muera dentro de seis meses!

Exponer á la hija de mi alma á la más amarga de las penas...

¡Yo no sé nada! ¡Nada! Declaro que si Sofía se pusiera mala, no me atrevería á recetarle nada. Llamaría á todos los médicos de España, pero yo... yo me confundiría, me creería incapaz de asistirle... ¡Pues si es mi hija! ¡A los extraños les receto sin miedo!

Claro es que Luis no presenta síntoma ninguno de enfermedad mortal... ¡pero quién sabe! Por algo se murieron su padre y su abuelo en fecha determinada. ¿No vemos que se hereda el carácter?

He visitado familias cuyos individuos todos padecían del corazón, del hígado ó del bazo.... Supongamos que la ciencia no alcanza á ver en dónde está el secreto mal de este hombre... yo al menos no le he visto... ¿soy yo acaso infalible? ¿he de sobrepone mi soberbia de sabio á mi afecto de padre? ¡Oh! eso no, ¡casar á mi hija con un caso raro... nada, nada, nada, no sé, no quiero saber nada, sólo sé que mi hija está antes que todo!

La condesa estaba pálida, desencajada, temblorosa. No era ya la aflicción de la madre que volvía á temer por su hijo lo que predominaba en ella, era la rabia de la mujer que se veía defraudada en una esperanza suprema, engañada de la manera más insolente.

Y Sofía y Luis, que volvían á la casa, oyeron desde el jardín las destempladas voces, y escucharon.

— ¡Se casarán si se aman! decía la condesa.

— ¡Lo impediré á toda costa! decía el doctor.

— ¡Ella le amará, aunque sepa que ha de morir mañana!

(Y Sofía en el jardín exclamaba: — ¡Sí!)

— ¿El no consentirá en llamarla su esposa si yo le digo que se muere!

(Y Luis en el jardín, exclamaba: — ¡No!)

— ¡Usted ha venido á probarme que su ciencia es mentira!

— ¡Y usted ha venido aquí á robarme á mi hija

— Sostenía usted que no se hereda la muerte.

— ¡Todos la heredamos!

— Va usted á matar á mi hijo.

— ¡Sálvele usted si sabe!

La condesa miró fijamente al doctor, durante algunos segundos, y dijo:

— ¡Sabré!

En el jardín se oían sollozos y besos.

XII.

Aquella noche, un criado vino á avisar al doctor que la condesa, encerrada en su cuarto, daba grandes gritos.

Sofía andaba de un lado á otro de la casa llamando gente.

Luis golpeaba la puerta del cuarto de su madre.

Ocurria, indudablemente, una gran novedad. El doctor no podía ser sordo á la hospitalidad. Se levantó, y en unión de Fernando echó la puerta abajo.

La madre de Luis se moría.

De su enfermedad crónica no se había ocupado nadie. Luis hizo saber al doctor que su madre había estado en peligro de muerte dos veces.

Busting se arrodilló á los pies de la cama, pronunciando en voz baja una palabra desconsoladora.

La condesa señaló hacia un papel que había sobre un velador.

Luis le cogió, leyó... y se ocultó el rostro entre las manos.

La moribunda entonces dijo al doctor, con voz casi imperceptible.

— Le declaro al morir... que deshonré á su padre; así, pues, ¡ no ha heredado nada!

Y antes de que el doctor hablase :

— Cuando viva y sea feliz, encargaos vosotros de decirle que he hecho el sacrificio de la honra para darle la esperanza de la vida; decidle que la condesa

su madre no deshonró nunca su nombre. ¡ Ya veis cómo yo he encontrado manera!

.....
Y exhaló su último suspiro.

XIII.

ENTRE EL LECTOR Y EL AUTOR.

— ¡ Esto es una historia, un drama, un problema ó una rareza ?

— Lo que usted quiera.

CONTRASTES

POUR

LUIS BONAFoux